

Mauricio Archila Neira
marchila@telecom.com.co
COLOMBIA

Licenciado en Filosofía y Letras. Magister en Economía y Recursos Humanos. Ph.D. en Historia, Universidad del Estado de Nueva York (SUNY). Catedrático en la Universidad de los Andes, Universidad Javeriana, profesor invitado Instituto de Estudios Iberoamericanos (ILAIS) de Columbia University, Nueva York-USA, del Instituto de Antropología e Historia de México, de la Universidad de los Andes de Mérida Actualmente Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia e Investigador del CINEP. Autor de artículos y libros sobre historia de la clase obrera en Colombia a principios de siglo XX, sobre movimientos sociales en las segunda mitad del siglo XX y de reflexiones historiográficas y teóricas sobre el oficio del historiador como: *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945; Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990;* y la compilación con Mauricio Pardo, *Movimientos sociales, Estado y democracia*. En obras conjuntas: *La Nueva Historia de Colombia; La Historia al final del milenio; Pensar el pasado; Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales; Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina; 25 años de luchas sociales en Colombia, 1975-2000.*

VOCES SUBALTERNAS E HISTORIA ORAL

Resumen

La ponencia pretende analizar los desarrollos historiográficos que han intentado acercarse a las voces del pasado silenciadas por poderes pretéritos y presentes – otorgando especial atención a los Estudios Subalternos–, y desde allí ubicar el papel que puede jugar la llamada “historia oral” para que ellas hablen. A modo de conclusión, se formularán algunas preguntas que sugieren las nuevas propuestas historiográficas y metodológicas, siempre pensando en el contexto colombiano.

Palabras clave

Historia desde abajo, voces subalternas, historia oral e historiografía.

Key words

History from bellow, Subaltern voices, Oral History and historiography.

VOCES SUBALTERNAS E HISTORIA ORAL

MAURICIO ARCHILA NEIRA

“La falta de adecuación del estatismo para una historiografía propiamente india deriva de su tendencia a impedir cualquier interlocución entre nosotros y nuestro pasado. Nos habla con la voz de mando del estado que, con la pretensión de escoger para nosotros lo que debe ser histórico, no nos deja elegir nuestra propia relación con el pasado. Pero las narraciones que constituyen el discurso de la historia dependen precisamente de tal elección. Escoger significa, en este contexto, investigar y relacionarnos con el pasado, escuchando la miríada de voces de la sociedad civil y conversando con ellas. Estas son voces bajas que quedan sumergidas por el ruido de los mandatos estatistas. Por esa razón no las oímos”.¹

La llamada de atención de Ranahit Guha, figura cimera de los Estudios Subalternos de la India, es un buen preámbulo a la reflexión que me propongo hacer sobre los desarrollos historiográficos y el uso de las fuentes orales en el contexto colombiano. Como bien lo dice el historiador indio, el problema de las voces silenciadas por la Historia es triple: ante todo hay un problema de conocimiento por la exclusión de gentes de carne y hueso que nos niega una relación más adecuada entre presente y pasado. En segunda instancia, tiene

¹ Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 20.

consecuencias metodológicas, pues ese silenciamiento no es solo un asunto de escogencia por parte de los sectores dominantes, es también responsabilidad de los historiadores a la hora de investigar sobre el pasado. Y tercero, y muy importante, hay implicaciones políticas y éticas en las narraciones históricas. Estas dimensiones críticas del oficio del historiador, en aras de la verdad, no las descubrieron los intelectuales de la India, ya habían sido denunciadas por algunos historiadores sociales cuando no antes por los grandes críticos de la modernidad, comenzando por el mismo Marx.

Por ello me propongo en esta ponencia mirar los desarrollos historiográficos que han intentado acercarse a esas voces silenciadas del pasado, y ubicar allí el papel que puede jugar la llamada "historia oral" para que ellas hablen, siempre pensando en el contexto colombiano y en mi propia experiencia investigativa.² Con tal fin dividiré esta presentación en tres partes: en primera instancia haré un sucinto recuento de la trayectoria historiográfica que va de la historia "desde abajo" al desafío de los Estudios Subalternos; luego analizaré las implicaciones metodológicas y epistemológicas de las diversas propuestas de "historia oral"; y, a modo de conclusión, formularé algunas preguntas que sugieren las nuevas propuestas historiográficas y metodológicas.

² En la labor investigativa es importante reflexionar sobre la propia experiencia, que en mi caso se remonta a estudios sobre la formación de la clase obrera colombiana. Una primera reflexión apareció en mi ensayo, "Fuentes orales e historia obrera", en Thierry Lulle, Pilar Vargas y Lucero Zamudio, *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*, Vol. I, Barcelona, Anthropros, 1998, pp. 281-296.

1. De la historia "desde abajo" a los Estudios Subalternos

Como decíamos, la preocupación por las voces silenciadas por los poderes del pasado y del presente, no es nuevo en la historiografía internacional. En realidad ella fue una de las razones que motivó a Eduard Palmer Thompson a escribir su famosa historia sobre la formación de la clase obrera inglesa. Como lo dice en el prefacio de esa obra, él se propuso rescatar del olvido –de la enorme condescendencia de la posteridad– a los seres excluidos de la Inglaterra de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.³ Así acuñó la expresión de una "historia desde abajo hacia arriba" que literalmente significaba invertir la tradición historiográfica dedicada a estudiar a los vencedores, sin olvidar este otro polo del conflicto social. Veamos brevemente como se llegó a esta formulación y que se ha derivado de ella en tiempos recientes.

Un antecedente de esta propuesta historiográfica es la "historia popular" que, según Peter Burke, se remontaría a los finales del siglo XVIII cuando parte de la intelectualidad europea descubrió al "pueblo" del que se había alejado en la temprana modernidad.⁴ No siempre ese descubrimiento fue de signo progresista y, por el contrario, en la Europa del siglo XIX pudo significar la necesidad de encontrar las raíces culturales –la esencia– de los estados-nación en construcción. En ese contexto, agrega Burke, "el concepto 'pueblo' tenía matices nacionalistas y

³ E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage Books. 1966, p. 12.

⁴ Peter Burke, "Historia popular o historia total", en Raphael Samuel (editor), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 71-77.

a veces hasta racistas".⁵ En la versión romántica de Michelet el pueblo era una fuerza transformadora y constituía el fundamento último del poder, por lo que era importante estudiarlo.⁶

Otro antecedente, sin duda, es la obra crítica de Marx, la cual, según Raphael Samuel es una "historia desde abajo del capitalismo".⁷ De todas formas para los historiadores británicos no era fácil conciliar el marxismo, que pone énfasis en el estudio de la sociedad desde el conflicto de clases, con una tradición histórica que se anclaba en una noción tan ambigua como la de "pueblo". Sin embargo, esa tensión creativa rindió frutos en una corriente historiográfica que junto con la escuela francesa de Annales aportó a la consolidación de la historia social.

Por su parte el marxismo cultural británico, como un eco de Gramsci, lucha contra el determinismo económico sugerido por la metáfora base-superestructura, e insiste en las relaciones sociales como el eje de lectura de los modos de producción. De allí que para esos historiadores sea central el conflicto de clases que se deriva de estas relaciones sociales. Aunque hay matices entre ellos, creo con Harvey Kaye que existe una "tradición teórica" común que valora la acción de la gente de carne y hueso –condensado en el intraducible concepto de *agency*– y

⁵ Ibid., p. 74.

⁶ Raphael Samuel, "Historia popular, historia del pueblo" en la obra editada por él mismo, *Historia popular y teoría socialista...*, pp. 27-28. Para este autor, Michelet es el origen remoto de la historia social francesa.

⁷ Ibid., p. 35.

rescata una intencionalidad, cuando no una conciencia, en su actuar.⁸ La experiencia se convierte así en el puente entre la existencia de las estructuras dominantes y las formas de acción conciente contra ellas. Claro que en Thompson esa era una experiencia de clase, como en su momento denunciaron las feministas.⁹ En cualquier caso, fuese por medio de la combinación de ideología inherente y adquirida, o de una conciencia fruto de esa experiencia, con los historiadores marxistas británicos nos acercamos a la cultura como instancia de sentido de la acción humana.

Se abre así la puerta a la nueva historia cultural, en la convergen las generaciones recientes de Annales, la microhistoria italiana, la historia de la vida cotidiana alemana, y algunas de las corrientes feministas y posmodernas, así estas últimas estén hoy muy distanciadas de sus padres fundadores.¹⁰

Una de las vertientes que parte críticamente de la historia "desde abajo" es la de los historiadores indios conocidos como Estudios subalternos o poscoloniales. Si bien ambas corrientes ponen diferentes énfasis –los primeros en la condición de subalternidad de cara a la hegemonía que trasciende a la clase social, los segundos en una lógica colonial que se proyecta en los estados nacionales–, terminan coincidiendo en una crítica al saber centrado en Occidente, tanto

⁸ Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1989.

⁹ Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University, 1988.

¹⁰ Estos temas han sido abordados en anteriores ensayos míos, por lo que no me extenderé en este punto. Véase, por ejemplo, "¿Es aún posible la búsqueda de la verdad?", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, No. 26, 1999, pp. 251-285.

términos geográficos como de modelo de ciencia. En estas páginas nos referiremos a los Estudios Subalternos, construidos por los historiadores de la India.¹¹ El subalterno –entendido como el campesino o la mujer– no es un ser incompleto, prefiguración de algo superior. De ahí que Guha, quien se nutrió del marxismo británico, critique la categoría de pre-político que en los años cincuenta acuñó Hobsbawm para referirse a los “rebeldes primitivos”.¹² Para él la acción política de los subalternos indios no podía ser inconsciente, “el campesino sabía lo que hacía cuando se sublevaba”.¹³ Por ello postula la existencia de una conciencia insurgente por parte de los subalternos.

Esa conciencia subalterna fue silenciada no solo por los discursos “estatistas” coloniales y nacionalistas, sino también por corrientes supuestamente simpatizantes de ella como el marxismo. El subalterno en todos los casos termina siendo expropiado en su subjetividad rebelde en aras de abstracciones construidas desde fuera, sean éstas el hombre colonizado, nacionalista o proletario.¹⁴ Su ámbito propio es reducido a una forma incompleta del modelo eurocéntrico, que se plantea como universal. Por ello el poscolonialismo se propone “provincializar a Europa”, es decir ver la historia europea como una experiencia particular, que por los poderes que desató y acumuló se mundializó.¹⁵

¹¹ En esta parte nos apoyamos también en Mauro Vega, “Historiografía y poscolonialidad”, *Historia y Espacio*, Cali, No. 17, enero-junio de 2001, pp. 69-92.

¹² *Las voces de la historia...*, capítulo 4.

¹³ *Ibid.*, p. 104.

¹⁴ *Ibid.*, capítulo 3.

¹⁵ Dipesh Chakrabarty, “Postcoloniality and the Artifice of History: Who Speaks for ‘Indian’ Pasts?”, en Ranajit Guha (editor), *A Subaltern Studies Reader, 1986-1995*, Minneapolis, University of Minnesota, 1997.

La denuncia de Guha sobre el silenciamiento de las voces subalternas ha sido asumida por muchos de sus discípulos como reto para avanzar en la deconstrucción de los discursos elitistas de derecha e izquierda, para así encontrar al "verdadero" subalterno. Pero en ello se corre el riesgo de pasar de considerar al subalterno como condición social a un artefacto discursivo, con lo que se toca con algunas corrientes posmodernas del giro lingüístico. Es el riesgo de cabalgar entre Gramsci y Derrida como oportunamente lo indicará Florencia Mallon.¹⁶

En esta tarea de oír las voces subalternas es que la historia oral puede jugar un papel sustantivo, aunque no exento de problemas. Veamos cómo y porqué.

2. Distintos entendimientos de la historia oral

Lo primero que salta a la vista al analizar los avatares de la historia oral tanto en el plano mundial como en América Latina, es su coincidencia con algunos de los momentos historiográficos que hemos resumido en la sección anterior. No es por azar que ello haya ocurrido, sino que los distintos entendimientos de la historia oral hacen parte –bien sea como apéndice metodológico o como alternativa epistemológica– de la conformación de corrientes de pensamiento histórico.

¹⁶ "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies", *American Historical Review*, Vol. 99, No. 5, diciembre de 1994, p. 1491-1515. Para rescribir la historia desde la perspectiva de los subalternos Guha sugiere cuatro puntos: 1) desafiar la univocidad del discurso estatista; 2) reintegrar en la narración el protagonismo activo de los silenciados; 3) incluir otras voces silenciadas; y 4) hacer cambios en la narratología que rompan con la versión dominante incluso en términos de la cronología (*Las voces de la historia...*, p. 31)

Siguiendo a Philippe Joutard se puede señalar que, si bien los padres fundadores de la historia como Herodoto y Tucídides se apoyaron en fuentes orales, cuando se institucionalizó la disciplina a comienzos del siglo XIX hubo una profunda sospecha sobre la historia oral como indicio para conocer el pasado.¹⁷ Occidente había privilegiado el documento escrito lo que se reforzó con la invención de la imprenta. Con una clara impronta positivista se pensaba que lo escrito fijaba en el tiempo una afirmación y por tanto el documento escrito transmitía más fielmente el pasado. Ni siquiera se consideraba la historia oral como una fuente complementaria. Este tímido paso lo dio el romanticismo decimonónico, una de las corrientes de la "historia popular" ya analizada. Así Michelet, a juicio de Joutard, "es un precursor más directo de una historia oral urbana y obrera al emprender la escritura de su obra *Le Peuple* en 1846".¹⁸ Para el romántico francés oír a la gente común era reconstruir mundos desaparecidos y aprehender el "instinto del pueblo".¹⁹ Con todo, la historia oral siguió siendo ignorada por el grueso de los historiadores hasta bien entrado el siglo XX.

Esa marginalidad será superada en los países centrales después de la segunda Guerra Mundial. Así en la Universidad de Columbia en Estados Unidos se gestó el primer archivo de historia oral en 1948 para un estudio sobre la política en la ciudad de Nueva York. El tipo de información que buscaba Alan Navin y sus

¹⁷ Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

¹⁸ *Ibid.*, p. 79

¹⁹ *Ibid.*, p. 81

colegas era "fáctica", es decir buscaban establecer con rigor los hechos desde la perspectiva de las elites de la ciudad. En Estados Unidos se difunde rápidamente este enfoque metodológico y con el tiempo se gesta una Asociación de cultores de la historia oral.

En los países europeos el enfoque es diferente en cuanto a los sujetos entrevistados y el tipo de información que se perseguía. Los traumas de las guerras hacen que muchos científicos sociales acudan a las historias de vida o a una cierta etnografía para sacar a luz aspectos ocultos de la vida cotidiana de sus respectivas sociedades. Este paso hacía parte de la historia social, especialmente de la llamada "desde abajo", que ya hemos analizado. A su vez, refleja algún diálogo interdisciplinario especialmente en cuanto a la apropiación de métodos de la antropología y la sociología. Sin embargo, aunque el énfasis fáctico de la historia oral disminuía por referirse a aspectos de la vida cotidiana y de la cultura, el privilegio positivista por lo escrito hacía que ella siguiera siendo una fuente complementaria y de segundo orden. Será en los países periféricos donde se producirá otro tipo de aproximación a ella, sin que sea claro que haya conformado un nuevo paradigma historiográfico.

En efecto en América Latina, si bien en los años cincuenta y tempranos sesenta se acudió a la entrevista para reconstruir la verdad de la historia elitista, rápidamente tomó otros rumbos más populares cercanos a la corriente de la

historia "desde abajo".²⁰ La práctica de la historia oral se debió a los problemas estructurales ligados con el analfabetismo de bastas poblaciones así como a la precariedad de la documentación escrita para indagar el pasado, especialmente de los de abajo. Pero también, parte sustantiva de este paso metodológico en las ciencias sociales latinoamericanas se derivó del influjo del pensamiento marxista en sus diversas vertientes. Esto no quiere decir que se hubiera dado una transformación radical en la institucionalidad de la academia, especialmente en la Historia, anclada todavía en las creencias positivistas y en el culto al documento escrito. Aún miembros de la "nueva historia" pertenecientes al mundo universitario, despreciaban las fuentes orales por considerarlas poco rigurosas.²¹ Además, cuando los intelectuales de izquierda acudían a esos métodos lo hacían en forma instrumental para validar sus esquemas teóricos o sus proyectos políticos como bien lo señala Silvia Rivera, haciendo eco de las denuncias ya vistas de Guha.²²

En América Latina, al menos desde lo que conocemos del caso colombiano, se dieron distintos énfasis en este acercamiento a la historia oral que no representan momentos radicalmente distintos y sucesivos linealmente, sino que muchas veces coexisten en una misma temporalidad. Un primer énfasis reside en considerar las fuentes orales como complementarias de las escritas, en aras del enriquecimiento de la reconstrucción histórica. Se hablará más de fuente o archivo oral que de

²⁰ Víctor Acuña, "La historia oral, las historias de vida y las ciencias sociales", en Elizabeth Fonseca, *Historia (teoría y métodos)*, San José de Costa Rica, Ceuca, 1989, p. 234.

²¹ Estos aspectos han sido tocados en mi ensayo inédito "La disciplina histórica en la Universidad Nacional, sede Bogotá" como parte de una investigación sobre la historia de las disciplinas en ese centro universitario.

²² "El potencial epistemológico y teórico de la historia oral: de la lógica instrumental a la descolonización de la historia", *Revista Peri-Feria*, Neiva, No. 4, agosto-diciembre de 2004, pp. 16-26.

historia oral como tal, resaltando las bondades metodológicas de su uso sin entrar en discusiones epistemológicas sobre el tipo de conocimiento que ésta arroja.²³ Pero recurrir a las fuentes orales no era un asunto banal o una mera estrategia para ampliar el conocimiento del pasado. Se buscaba oír las voces silenciadas, especialmente las de abajo, indagar por dimensiones ocultas del pasado como la vida cotidiana y, en últimas, romper con la historia tradicional elitista y con las modas estructuralistas que anulaban la acción de los subalternos. Por ello las fuentes orales se veían emparentadas con las tradiciones orales, aunque se reconocía que mientras las primeras eran construcción mutua entre investigador e investigado, las segundas tenían una existencia independiente de los quehaceres académicos y constituían la memoria sobre la que los métodos históricos se apoyaban. También se las asociaba con el resurgir del género subjetivo en la narración histórica como la biografía, las memorias, los diarios o anecdotarios. En ese sentido se las inscribía en la tendencia de la microhistoria, o aquella que enfatizaba lo particular, lo subjetivo y la experiencia como punto de arranque para entender la totalidad. La fuente oral era un medio más para llegar a una mejor comprensión del pasado. Sin duda este esfuerzo representaba una postura que disputaba con la academia tradicional la lectura del pasado y, al menos en el medio universitario, logró gran difusión en los años ochenta y parte de los noventa –es decir con las generaciones más jóvenes de la “nueva historia” en Colombia–, sin que llegara a ser hegemónica.

²³ Autoreflexivamente yo me ubicaría aquí como lo expresaba desde el título del ensayo ya citado (“Fuentes orales e historia obrera”...). Allí mismo decía algo que hablar de historia oral implica aceptar una oposición –artificial a mi juicio– entre una reconstrucción del pasado exclusivamente oral y otra escrita.

Muy cerca de esta tendencia se dio otro énfasis más asociado con la literatura y con ciertas formas de etnografía que con la historia disciplinaria como tal. Se trata del uso del testimonio como una forma de acercamiento al mundo popular contemporáneo. De alguna forma se pluralizaba la realidad al incorporar más voces, especialmente de los subalternos. Cuando se usaba para reconstruir el pasado era como una variante más flexible de la historia social ya analizada anteriormente. Flexible en el sentido de que se suprimía el acartonamiento académico de los marcos teóricos y los pesados aparatos críticos que implicaban las citas textuales y las notas a pie de página. En cierto sentido esta tendencia coincidió con lo que en los ochenta se llamó el retorno a la narrativa. Sin gran problematización, se sugería la aparición de la ficción –a veces llamada imaginación– en el relato histórico. Aunque los practicantes del género testimonial puedan parecer cercanos al posmodernismo, creían que sus relatos eran verdaderos e incluso más que los producidos por el mundo académico. La suya era la verdad de la denuncia.²⁴ Por todos estos factores, a los que se unió la buena pluma, el género testimonial tuvo gran difusión en el amplio público rebasando los muros de la academia y disputando la voz privilegiada de los genios literarios del *boom* latinoamericano.

²⁴ Florencia Mallon, "Bearing Witness in Hard Times: Ethnography and *Testimonio* in a Postrevolutionary Age", en Gilbert Joseph (editor), *Reclaiming the Political in Latin American History*, Durham, Duke University Press, 2001, p. 316.

Por supuesto no faltaron las críticas. Así, por ejemplo, en defensa del oficio del historiador, Charles Bergquist señalaba que la ausencia del aparato crítico podía aligerar la narración pero ponía serias dificultades para la comprensión del pasado.²⁵ El aducía que al suprimir la referencia a las fuentes y crear personajes colectivos a partir de varios testimonios, se borraban los límites entre la voz de los entrevistados y la imaginación del investigador. Curiosamente, agregaba el historiador norteamericano, así se infantilizaba al lector y se le impedía avanzar en su conocimiento, pues no podía llegar a la fuente y menos contrastarla con su conocimiento, sino que se le imponía la verdad del testimonio que, sospechosamente parecía más la del investigador que la de los investigados. Todo ello, a juicio de Bergquist, no podía ser asumido como una contribución democrática a la historia. En los términos poscoloniales, con la literatura testimonial podría suceder que en aras de "empoderar" al subalterno se corría el riesgo de sustituirlo.

Tal parece ser también la sospecha de algunos cultores del testimonio en los años de las ilusiones revolucionarias, quienes hoy, convertidos en posmodernos, lo desechan porque ha perdido su "autenticidad", su legitimidad original, su poder de transgresión y hasta su estética.²⁶ Es decir, parece que si antes hablaba el

²⁵ "En defensa de la historia: Una crítica disciplinaria de la *Historia Doble de la Costa* de Orlando Fals Borda", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, No. 16-17, 1988-1989, pp. 205-230.

²⁶ Esta es la posición que, según Florencia Mallon, tiene el crítico literario John Beverley ("Bearing Witness...", p. 316). Debe advertirse que ellos dos han adelantado un debate muy inscrito en la lógica académica norteamericana, pero por ello muy útil para nosotros porque hay problemas similares con énfasis distintos. Para dicho debate véase de Mallon la "Introducción a la edición española" de su libro *Campesino y nación. La constitución de México y Perú poscoloniales*, México, Cesas, 2003 y el ensayo de Guillermo

subalterno por este medio, hoy ya no lo hace. La pregunta que flota es si el cambio aducido fue en el género testimonial mismo –que curiosamente hoy ha ganado espacio en la academia y fuera de ella–, o si la transformación ocurrió más bien en los horizontes políticos de sus defensores de antaño y convertidos hoy en sus críticos. La pregunta que subyace a este debate es quién habla por los subalternos cuando ellos –aparentemente– hablan, tema que desarrollaremos en la sección conclusiva de esta ponencia.

La Investigación Acción Participante (IAP), nuestro tercer énfasis en el uso de la historia oral, trató de darle una respuesta a esta pregunta. Al contrario de lo que considera Silvia Rivera, quien asume a la IAP como mero apéndice de los proyectos políticos de izquierda, esa metodología de investigación, sin abandonar el compromiso político, incursiona en críticas epistemológicas a las ciencias sociales bastante cercanas a la literatura poscolonial.²⁷ Según uno de sus teóricos, el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda, “la IAP no es exclusivamente un procedimiento investigativo ni una técnica de educación de adultos ni una acción política. Presenta a la vez todos estos aspectos, como tres fases no necesariamente consecutivas que pueden combinarse en una metodología dentro de un proceso vivencial”.²⁸ A su juicio, la IAP es un contradiscurso participativo iniciado en el Tercer Mundo que pretende ofrecer un

Bustos, “Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley” en Alberto Flores y Carmen Millan (editores), *Desafíos de la transdisciplinariedad*, Bogotá, Ceja, 2002, pp. 58-80.

²⁷ Por los ejemplos que pone y la época que rememora –la Anuc de los años 70– tal vez ella se refiere más a la fase de “investigación militante” de Fals Borda que a la IAP propiamente dicha (“El potencial epistemológico...”, pp. 20-22).

²⁸ *Conocimiento y poder popular*, Bogotá, Siglo XXI, 1985, p. 125. El subrayado es del autor.

conocimiento diferente a las sociedades dominadas "para que puedan articular y defender su posición sociopolítica y económica con base en sus propios valores y capacidades".²⁹ Para ello, esta metodología se apoya en la vivencia comprometida o en la praxis concreta de la participación que rechaza la tradicional relación asimétrica de sujeto/objeto. Por supuesto esto la distancia de la concepción positivista de la ciencia. En palabras de Fals Borda "toda ciencia, como producto cultural, busca un propósito determinado y, por lo mismo, lleva implícitos los sesgos valorativos de las clases a las cuales pertenecen los científicos".³⁰ La conclusión de este planteamiento es apostarle a una ciencia popular.³¹

Si el señalamiento por parte de Silvia Rivera de la IAP como de historia militante es discutible, parece más atinada su crítica sobre el peso que el análisis de clase –léase del materialismo histórico– tiene en dicha metodología. Pero eso se puede flexibilizar como lo ha hecho Fals Borda al incluir asuntos de género y étnicos en las historias que reconstruye.³² Otros críticos como Guillermo Hoyos van más allá en su balance al reconocer que "la virtud de la IAP (es) el fortalecimiento de identidades locales, de las micropolíticas en búsqueda de la solución concreta de los conflictos (...) el reconocimiento del otro como diferente, la construcción de

²⁹ Ibid., p. 128.

³⁰ Ibid., p. 136.

³¹ Las técnicas para conseguirla son: 1) investigación colectiva, en donde las bases populares y sus cuadros participan desde el principio; 2) recuperación crítica de la historia en donde, entre otras técnicas, se trabaja la tradición oral "por entrevistas-testimonios de ancianos con la memoria analítica"; 3) valoración y empleo de la cultura popular; y 4) producción y devolución del nuevo conocimiento para ser validado por las comunidades involucradas (Ibid., p. 140). Con énfasis distintos se parecen a las sugerencias metodológicas de Guha.

³² Véase la ya mencionada *Historia doble de la Costa*, 4 Vols, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979-1986.

identidad comunitaria, la participación desde las bases". Pero también al señalar los defectos de la IAP: "...el desgano por los modelos generales, cierta incapacidad para pensar lo universal (y) la descalificación de la 'Teoría'".³³ A nuestro juicio otro punto crítico de la IAP es la creencia en una ciencia popular. Esta opción política y académica es doblemente discutible: por una parte es una forma de revivir la creencia positiva en una fuente exclusiva de la verdad, en este caso ella radicaría en el pueblo; de otra parte, es una manera nueva de esencializar un actor social, como si fuera puro e incontaminado. Por esas dos vías se niega la pretensión de una metodología que respeta la diferencia, pues ella sigue inmersa en las polaridades binarias propias de Occidente, otorgándole condiciones mesiánicas y redentoras a lo popular.

En general estas tres tendencias –fuente oral, testimonio e IAP– son difíciles de distinguir en la práctica, porque a veces aparecen mezcladas en una misma expresión historiográfica y aún en un mismo autor. No obstante, hacen parte del movimiento global de la historia "desde abajo", por lo que políticamente simpatizan con los subalternos y sueñan con una transformación de la sociedad al servicio de éstos. Igualmente fortalecen las identidades de las comunidades involucradas aportándoles un sentido de pasado que refuerza su memoria. Incluso en el plano académico se pueden considerar como un logro al pluralizar la reconstrucción del pasado introduciéndole más voces, al alterar la narrativa tradicional y al socavar

³³ "De la investigación acción participativa a la teoría de la acción comunicativa", en Guillermo Hoyos y Angela Uribe (compiladores), *Convergencia entre ética y política*, Bogotá, Siglo del Hombre, 1998, p. 8.

los cimientos del positivismo y de la ciencia "normal". Con todo, a juicio de Silvia Rivera, estas tendencias metodológicas pueden terminar instrumentalizando a los subalternos para producir un conocimiento ajeno a las comunidades "investigadas", reproduciendo la asimetría entre el sujeto y el objeto de conocimiento.³⁴

Por eso ella misma propone una nueva alternativa al uso de la historia oral, muy emparentada con los Estudios Subalternos y el desafío poscolonial traducido a América Latina. Lo que recoge es la experiencia del Taller de Historia Oral Andina (Thoa) afiliado a la Universidad Mayor de San Andrés (Umsa) de La Paz, Bolivia.³⁵ La pretensión es que los subalternos hablen por sí mismos. El Thoa se apoya en la tradición de lucha del movimiento indígena boliviano y en su supuesta autonomía discursiva nutrida por la memoria histórica de dicha lucha. El doble reto que el movimiento indígena boliviano le propone a la sociedad Q'ara –blanca– es la inclusión ciudadana respetando la autonomía cultural y territorial. Obviamente esta es una postura que se basa en una lectura del pasado para la que la experiencia del Thoa es definitiva. Allí convergen indígenas aymaras e intelectuales no-aymaras, estos últimos seleccionados por los primeros por el criterio básico de no tener vinculación política partidista. Sorprende al lector desprevenido esta postura, explicable por la manipulación ya denunciada de la izquierda, pero discutible por revivir la sospecha weberiana hacia el intelectual-

³⁴ "El potencial epistemológico...", pp. 21-22.

³⁵ Ibid. 22-26. Para ser fieles a su propuesta nos extenderemos en sus consideraciones.

político, cuando no por reflejar un desprecio de la política a favor de lo social aparentemente incontaminado.

En todo caso el uso de la historia oral por el Thoa parece favorecer mayor fidelidad al sentir y pensar de las comunidades, porque, entre otras cosas, se disminuye la brecha lingüística. También este procedimiento acerca las diversas generaciones comunitarias superando la separación tajante entre pasado y presente. Lo que interesa reconstruir no es tanto lo que ocurrió sino las percepciones que de lo sucedido tienen las comunidades. Por ello se presta atención a los mitos, fundamentales en el pensamiento indígena –y en general en toda narrativa épica, consideramos nosotros–. En ese sentido, según expresión de Silvia Rivera, “Lo oral indio es en Bolivia el espacio fundamental de la crítica, no solo al orden colonial, sino a toda concepción occidental de la historia, que sitúa lo ‘histórico’ tan solo a partir de la aparición de la escritura, y legitima por lo tanto la invasión colonial como una heroica misión ‘civilizadora’”.³⁶ Lo oral así asumido permite una visión de autonomía que rescata la resistencia pasada y propone una esperanza en el control del futuro. En síntesis, se trata de “un ejercicio colectivo de desalienación” que reestablece la simetría entre dos o más sujetos cognoscentes en un mutuo “pacto de confianza”. Así concluye la misma autora: “Más allá de la ‘popularización de la historia’, que refuerza la lógica instrumental y la manipulación

³⁶ Ibid., p. 23.

ideológica del investigador, nos aproximaremos entonces a la desalienación y descolonización de la historia".³⁷

Con esta propuesta, parece haberse dado el vuelco total a la historiografía occidental, elitista y positivista. Por fin parece que el pueblo, o mejor, el subalterno puede hablar por sí mismo. Sin embargo, en la misma dirección que Philippe Joutard, tenemos nuestras dudas de que la historia oral contribuya claramente en este propósito.³⁸ Este será el tema que abordaremos a continuación a modo de conclusión.

3. ¿Quién habla (y quién escucha) en la historia oral?

Un primer interrogante que nos surge del recorrido realizado en las páginas anteriores gira en torno qué es el adentro y el afuera de las comunidades –o de las sociedades–. Este punto ha sido continuamente cuestionado por historiadores sociales y por practicantes de la historia oral.³⁹ En los términos poscoloniales ha sido formulado como el choque entre el ámbito propio de la India y el impuesto por los colonizadores. Salta a la vista que éste es un problema ligado a la construcción de identidades que, como se sabe, implica excluir a los ajenos –los otros– para

³⁷ Ibid., p. 26.

³⁸ El señala que "si se espera encontrar en la historia oral el medio de establecer una contrahistoria, otra historia que se opondría a la historia oficial y dominante, se corre el riesgo de la decepción" (*Esas voces...*, pp. 375-376).

³⁹ Florencia Mallon, por ejemplo, cuenta que en la reconstrucción de la historia de vida de Isolde Reuque, una líder de los mapuches en Chile, en un momento ésta le confiesa que también se siente "externa" a su comunidad porque no aprendió la lengua de sus ancestros, para no abundar en sus contactos con intelectuales y activistas políticos "externos" a los mapuches ("Bearing Witness...", p. 325).

incluir los propios –nosotros–. Como lo hemos desarrollado en otros textos, la identidad es algo construido por las comunidades con variaciones a lo largo del tiempo.⁴⁰ Por supuesto, no hay algo esencial y menos “natural” en la definición de esa pertenencia, siempre es cultural y contingente. El temor que nos asalta es si con diferencias tan tajantes entre el adentro y el afuera no se puede dar una especie de esencialización del subalterno como radicalmente distinto del otro “externo”. Para América Latina el mestizaje y la hibridación cultural hacen que el interrogante sobre el ámbito propio nuestro sea más complejo. Por último, suponiendo que existan dos mundos absolutamente distintos, creemos que existen posibilidades de comunicación entre ellos. De ser así ¿cuál es el papel de quien hace la mediación entre los dos extremos, pues debe tener algo de adentro y de afuera para hacer una acertada “traducción”?

Muy ligado al anterior conjunto de preguntas hay una que ha atravesado esta ponencia: ¿quién habla por los subalternos? El debate entre el crítico literario John Beverley y la historiadora Florencia Mallon puede ilustrar parte del problema.⁴¹ El primero, supuesto defensor del pensamiento poscolonial latinoamericano –así sea norteamericano, pero ese es otro asunto–, acusa a la historiadora –latinoamericana de nacimiento pero criada en el país del norte– de no dejar hablar a los subalternos. La acusación no parece nueva y siempre tendrá algo de plausibilidad. Pero cuando se ve el trasfondo del debate las dudas se incrementan.

⁴⁰ Al respecto véase *Idas y venidas, vuelktas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*, Bogotá, Cinep/Icanh, 2003, especialmente el capítulo 7.

⁴¹ Referimos al lector a la nota 28.

Resulta que Beverley centra su crítica en el hecho de que Mallon postula, a partir de un juicioso trabajo de fuentes, la existencia de un "nacionalismo popular" en algunas comunidades indígenas de México y Perú. Y Beverley cree que los subalternos son –¿por esencia?– críticos de todo nacionalismo. Mallon a su vez responde que su antagonista niega, como en el pasado lo hacía la izquierda, una posición política autónoma de los subalternos. No es el caso de entrar a señalar quién tiene la razón en este debate. El punto es que ambos reclaman que hablan por el subalterno. Ante esta polémica entre intelectuales la salida parece ser la que propone el Thoa según Silvia Rivera: solo los subalternos, y si acaso los intelectuales seleccionados por las comunidades, pueden hablar por ellos. La propuesta parece impecable, pero no es satisfactoria porque de nuevo caemos en la pregunta sobre el adentro y el afuera de las comunidades. En este caso la pregunta es si los subalternos pueden pronunciar en forma "pura" su voz o si, así hablen ellos por sí mismos, no habrá siempre cierta "interferencia" externa de un saber construido desde fuera. Por ejemplo, un indígena que va a la Universidad y tiene acceso a ese conocimiento "externo" ¿deja de pertenecer a la comunidad? ¿Quién, entonces, puede hablar "verdaderamente" por los subalternos? De nuevo, parece que el fantasma de la posesión de la verdad sigue persiguiendo aún a las mentes más posmodernas.

El cuento de Borges del etnógrafo silencioso ante lo que descubrió en su trabajo de campo, que Silvia Rivera pone al inicio del artículo citado, sugiere el otro paquete de interrogantes: ¿es el silencio la opción del investigador que ha

escuchado a los subalternos, pues lo que conoció es irreductible al conocimiento académico? ¿Es esa también la opción de los subalternos para no terminar siendo expropiados de su mismidad? De ser así la historia de una comunidad no podría traspasar su ámbito local y el conocimiento subalterno sería siempre marginal, cuando no desconocido. Por supuesto hoy sabemos que la academia es un mundo de poder y de reproducción de saberes dominantes. ¿Pero es sólo eso? ¿Qué hacemos, entonces, los intelectuales reunidos en un seminario como éste? Los estudiosos del poscolonialismo se apresuran a responder que no se niegan dialogar con el saber académico occidentalizante, pues sería caer en un chovinismo, sino que se trata de "deconstruirlo", "descentrarlo" o "provincializarlo".⁴² Salidas académicas al silencio hay muchas otras, y por supuesto su estudio requeriría otra ponencia.⁴³

Por último, aunque hemos tenido siempre como telón de fondo el caso colombiano conviene hacer una pequeña reflexión final. Como lo hemos señalado en otros escritos, aquí hemos vivido con más premura que en los países centrales los avatares de la historia social, sin que nos hayamos caracterizado por una

⁴² Esta es la postura, por ejemplo de Chakrabarty en el ensayo ya citado "Postcoloniality and the Artifice of History...".

⁴³ Como intelectual acepto el cuestionamiento que las nuevas teorías críticas proponen sobre el saber académico, pero no considero que se deba suprimirlo de un plumazo, así sea en nombre de la resurrección del subalterno. Aniquilar dicho saber no es solo borrar un polo en la relación "simétrica" entre dos seres cognitivos distintos, sino que es un desperdicio de conocimientos que las comunidades necesitan y una irresponsabilidad con la sociedad que nos ha dado ese capital cultural. En esto me oriento por la propuesta autoreflexiva de Pierre Bourdieu (*El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Barcelona, Anagrama, 2003).

apropiación crítica de esos desarrollos historiográficos.⁴⁴ Ante el reto poscolonial y subalterno, así como el derivado de la historia oral, no nos podemos sustraer porque dejaríamos de aprender mucho. Asumirlos exige una actitud permanente de traducción crítica no solo de lo que nos llega de los países centrales – especialmente los anglosajones, convertidos por la magia de la globalización en verdaderas cajas de resonancia de las nuevas teorías, incluida la poscolonial–, sino aún de los productos intelectuales del sudeste asiático, así vengan en español o en lenguas nativas. Aquí también se aplica la advertencia de que ante todo nuevo conocimiento la salida no es el silencio o el aislamiento, sino un diálogo en donde el piso común no oculte las diferencias.

⁴⁴ Véase, por ejemplo, nuestra Introducción a *Idas y venidas...*, en la sección pertinente a los estudios colombianos sobre movimientos sociales.